

2 Corintios 8:1-9

Sermón 2 Corintios 8:1-9 Ezequiel 2:1-5; 2 Cor 12:7-10;
Marcos 6:1-6

Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia, porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios; de manera que exhortamos a Tito, para que tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia. Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en conocimiento, en toda solicitud y en vuestro amor por nosotros, abundad también en esta gracia. No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro. Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos. (2 Corintios 8.1–9).

Muchas personas piensan que la iglesia sólo se interesa por el dinero. Podría ser el caso algunas veces, pero no si se siguen realmente los principios que la Sagrada Escritura misma establece en el asunto de ofrendar para la obra del Señor. Nuestro texto nos ofrece un buen ejemplo de cómo Pablo trató el asunto de una ofrenda para alivio de los creyentes en Judea, y veremos que para él fue un asunto de actitudes espirituales en primer lugar, y que la ofrenda concreta misma es sólo el resultado secundario de esas correctas actitudes espirituales. Cuando consideramos nuestro texto de hoy veremos que **El corazón agradecido es el secreto de dar con generosidad.** Veremos primero que Jesucristo es el ejemplo supremo en dar. Segundo, que cuando uno ofrece a sí mismo, el resultado será también ofrendar de las cosas que uno tiene, y tercero, que un aprecio por lo que Cristo hizo hará innecesaria la obligación.

La situación de nuestro texto es la siguiente. El año anterior, los cristianos de Corinto se habían comprometido con participar en

una ofrenda especial para aliviar la necesidad de los santos, los creyentes, por Jerusalén y Judea. De este modo los que se habían beneficiado espiritualmente por el mensaje de salvación que había salido de allí podrían mostrar su solidaridad con los que primero habían creído el mensaje.

Sin embargo, debido en parte a varios problemas que había en la congregación y un enfriamiento en sus relaciones con Pablo debido a falsos maestros que se habían infiltrado, desde entonces no se había hecho nada. Ahora que los principales problemas se resolvieron debido a la primera carta a los corintios y la visita de Tito a la congregación y su informe favorable de lo que sucedió allí mientras tanto, Pablo ahora busca otra vez animar a que muestren el fruto de su fe en una participación generosa en esta ofrenda.

Lo que Pablo enfatiza es que la única actitud que produce una ofrenda que realmente agrada a Dios es el corazón agradecido. Así que uno de los puntos principales que resalta en nuestro texto es lo que está al final en esta sección que estamos considerando para hoy. Les recuerda cuánto Cristo ha hecho para ellos. “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos”.

Pensemos por un momento lo que Pablo está diciendo aquí. Describe a Jesús como “siendo rico”. En Filipenses hace evidente a lo que se refiere. Allí habló de Cristo en la eternidad “siendo en forma de Dios”. Gozaba de toda la gloria y el poder de Dios. ¿Pero cuál fue su actitud? “No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Filip 2.6–7). Y siendo hombre llegó a la más extrema pobreza, muriendo en la cruz.

¿Qué es lo que motivó a Jesús a dejar su propia conveniencia, su propia riqueza, su propia gloria para la pobreza de un siervo y la ignominia de la muerte en una cruz? “Por amor a vosotros se hizo pobre”. Es que no estaba buscando nada para él. Sólo le interesaba lo que convenía a nosotros. “Para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos”.

Hemos escuchado que Cristo era rico y se hizo pobre. ¿Pero cuál fue nuestra situación, para que Cristo tuviera que hacer esto para enriquecer a nosotros? No sólo éramos pobres, sino muertos en delitos y pecados, condenados a una eternidad en el infierno, sin

ningún modo para obtener nada de la verdadera vida ni tener la mínima comunión con Dios.

Pero ahora que Cristo ha dejado su riqueza e ido a la muerte para nosotros, una riqueza increíble es nuestra. Tenemos la adopción como hijos de Dios. Tenemos el perdón de los pecados. Tenemos la promesa de vida eterna y la gloria celestial. Puede ser que no tengamos grandes riquezas terrenales, pero lo que tenemos es realmente un tesoro incomparable. Y todo esto es “la gracia de nuestro Señor Jesucristo”, es algo que no merecimos y no pudimos merecer. Pero Cristo no preguntó por nuestro mérito, sino más bien dio de sí mismo en forma ilimitada sólo porque él en su bondad quería beneficiarnos con los tesoros del reino de los cielos.

¿Cuál es el impacto, la respuesta a este gran amor para con la humanidad perdida y condenada, en los que han creído y ahora gozan del beneficio de ese gran don de la gracia del Señor? Pablo cuenta la reacción de los cristianos en Macedonia para ilustrar. “Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia, porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad”. Habla de la “gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia”. Aquí está usando la palabra “gracia” en un sentido un poco diferente. Está usándola en el sentido de un don específico de la gracia de Dios. Los cristianos en Macedonia también sufrían, tal vez tanto como los cristianos en Judea, y probablemente por la misma razón, la persecución de sus vecinos incrédulos. El resultado es que ellos, en cuanto a lo material, estaban reducidos a una extrema pobreza, tal que Pablo podría haber pensado que sería injusto pedir que ellos sacrificaran lo poquísimo que ellos tenían para ayudar a los cristianos en la lejana Judea.

¿Pero qué fue la reacción de los macedonios, los cristianos de lugares como Filipos, Tesalónica y Berea? “Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos”. Cuando oyeron mención de que iba a haber una ofrenda para ayudar a los cristianos de Judea, insistieron que se les permitiera participar. No pensaban en lo poco que tenían. No se preocupaban por la incertidumbre de qué les iba a suceder en el futuro. No se ensimismaron para pensar sólo en ellos mismos,

ni pensaban que mejor otros les ayudaran a ellos. Todo lo contrario. Pidieron “con muchos ruegos” lo que ellos mismos llamaron el “privilegio” (otra vez en griego la palabra “gracia”) de participar en este servicio para los santos.

Para Pablo, esto fue la manifestación externa de la gracia de Dios que habían recibido, un don que resultaba de su enriquecimiento espiritual por la obra de Jesucristo. Los macedonios en realidad tenían un nuevo corazón, un nuevo corazón que combatía el egoísmo natural en el corazón humano y llevó a que a pesar de sus pobres recursos materiales insistían en que Pablo les permitiera participar en la ofrenda.

Pablo muestra en qué sentido esta ofrenda de los macedonios fue algo grato y aceptable a Dios. Dice de ellos que dieron “no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios”. “A sí mismos se dieron primeramente al Señor”. Sus corazones estaban profundamente agradecidos al Señor por salvar a ellos, pobres e indignos pecadores. En respuesta ellos ahora sólo querían servir y agradar a él. Para ellos no era cuestión de cuánto es lo mínimo que puedo hacer u ofrendar. Querían dedicarse cien por ciento al Señor y sólo hacer lo que le agradaba a él. Y ahora vieron una manera concreta de hacer esto también en apoyar al proyecto de Pablo de enviar socorro a los creyentes de Judea. Así que un fruto de darse primero al Señor es que también se dieron a Pablo y sus compañeros, se unieron a su proyecto para hacer una obra agradable al Señor. ¡Y la cantidad de su ofrenda! No dieron sólo poco, como se podría haber esperado debido a su pobreza. “Con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas”. Con esto estaban demostrando no sólo su agradecimiento al Señor, sino también su confianza en que él sabría suplir sus necesidades también en el futuro. ¡Qué diferente de la desconfianza y el egoísmo del hombre natural, del viejo Adán! Sólo un don especial de Dios podía producir este cambio, y Pablo llama su voluntad y manera de participar en esta ofrenda una gracia, es decir, un don de gracia, de Dios. No podrían haber producido este cambio por ellos mismos. El Señor mismo les había dado este propósito y voluntad.

Ahora veamos cómo Pablo aplica este ejemplo de los macedonios a los cristianos en Corinto. También habían hecho un buen principio. Pero después de eso casi nada habían hecho para la ofrenda. Pablo tiene interés en que reanuden su

participación en esta obra de amor. Sin embargo, no está buscando sólo una obra externa. No quiere que actúen bajo compulsión. Lo que busca es que ellos den evidencia del corazón cambiado por la gracia de Cristo en ellos también. Así, a la vez que ha indicado a Tito que debería promover esa obra en su visita a Corinto, les asegura que no está hablando como un mandato, para que actúen bajo compulsión. Más bien les anima para que crezcan también en este don espiritual como sobresalen en tantas otras cosas. “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en conocimiento, en toda solicitud y en vuestro amor por nosotros, abundad también en esta gracia”.

Sin embargo, continúa: “No hablo como quien manda”. Sabe que una obra de la ley, algo hecho por compulsión y no por el deseo del corazón, no vale nada ante Dios. Pero por otro lado, tampoco permite que piensen que no importa si participan. Les recuerda que las palabras son baratas. Es fácil hablar del amor cristiano, pero nadie lo creerá a menos que se demuestre con las acciones. Así que: “No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro”.

Sin embargo, Pablo no quiere ser malentendido. El haber mencionado la manera en que los macedonios habían dado “más allá de sus fuerzas” no quiere decir que Pablo está exigiendo que ellos tengan que sentirse obligados a un esfuerzo sobrehumano ni dar como la pobre viuda a quien vio Cristo que dio “todo lo que tenía”. En los versículos 10 y 11 hace claro lo que está pidiendo y por qué: “Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, para que así como estuvisteis prontos a querer, también lo estéis a cumplir conforme a lo que tengáis, porque si primero está la voluntad dispuesta, será aceptado según lo que uno tiene, no según lo que no tiene” (2 Cor. 8.11–12).

¿Cómo se aplican las palabras de Pablo a nosotros? Ciertamente tenemos todas las diferencias y circunstancias económicas. Pero hemos recibido la misma gracia del Señor. Hemos sido igualmente enriquecidos por la voluntaria pobreza de Cristo. Tenemos el mismo Señor que sigue a nuestro lado aun en tiempos de dificultad económica y que nos invita a orar con confianza a él. Pero puesto que el viejo Adán sigue siendo una parte de cada uno de nosotros constantemente, nos conviene examinarnos para ver qué tan agradecidos realmente estamos por los ricos dones que Cristo nos ha dado. Sólo cuando la voluntad está primero bien dispuesta, cuando Dios nos da su don

de gracia también de dar con liberalidad, haremos ofrendas generosas para la obra del Señor que honran a él y que le agradan. Que Dios nos dé esos corazones verdaderamente agradecidos, y así, junto con la buena voluntad, el poner en práctica las buenas intenciones que el corazón forme como resultado. Amén.